

# Unamuno reescribe el Quijote

Josu Landa

La intención y la actitud en que se sustenta el libro *Vida de don Quijote y Sancho*, de Miguel de Unamuno, y las que animan a Pierre Menard cuando, según Borges, pretende volver a redactar el *Quijote* no sólo son distintas sino opuestas. Como advierte el escritor argentino, este curioso híbrido de personaje y autor inventado por él tenía la “admirable ambición” de “producir unas páginas que coincidieran —palabra por palabra y línea por línea— con las de Miguel de Cervantes”, por supuesto, sin copiarlas del original. Pierre Menard —siempre de acuerdo con Borges— “no quería componer otro *Quijote* [...] sino ‘el *Quijote*’”.<sup>1</sup> Todo lo contrario de Unamuno, quien no parecía ser muy aficionado a juegos literarios como los que tanto deleitaban al autor de *Historia universal de la infamia*. Con su *Vida de don Quijote*, el pensador, poeta, narrador, dramaturgo y ensayista vasco intentó justamente ofrecer una nueva versión del *Quijote*, que contradijera —al menos en parte— a las de Cervantes y Cidi Hamete Benengeli, con el propósito —serio si los hay— de moralizar, a costa de renunciar expresamente a toda consideración de índole literaria sobre la gesta del ilustre caballero de la Mancha.

123

El afán unamuniano de enmendarle la plana a Cervantes sería desdeñable, si no hubiera derivado en un libro —la ya mencionada *Vida de don Quijote*— que contiene las bases de una ética y una antropología cuya máxima expresión se hallará en *Del sentimiento trágico de la vida*. No por simple azar, Unamuno fue reconocido como uno de los intelectuales europeos más importantes de su tiempo, a raíz de la publicación, en 1905, de su aguda y controvertida glosa sobre la célebre novela cervantina.

Contra lo que sugiere su título, *Vida de don Quijote* no es una biografía imaginaria ni una recomposición de los anhelos y hazañas de los dos personajes principales de la novela verdaderamente ejemplar de Cervantes. Sólo en parte es una especie de palimpsesto del original cervantino. Y así como el libro de Unamuno no responde a pretensiones literarias, tampoco las tiene verdaderamente teóricas. En último término, *Vida de don Quijote* vie-

<sup>1</sup> Jorge Luis Borges, “Pierre Menard, autor del *Quijote*”, en *Ficcionario*, p. 132.

ne a ser algo como una guía para la acción y la contemplación destinada a los españoles sometidos, después de 1898, a una confusa colisión de referencias culturales y morales muy diversas. En su momento, es la tentativa unamuniana más ambiciosa de ofrecer respuestas prácticas —es decir, éticas— a preguntas e inquietudes entonces muy en boga, como si el sentido de la hispanidad post-98 se hallaba o no en potenciar la ciencia y la tecnología de punta en la época, en comprometerse con lo que algunos consideraban la modernidad europea y otras por el estilo.

124

Unamuno reescribe el *Quijote* sobre todo porque cree haber descubierto en la figura del legendario caballero andante y su más fiel servidor las cifras de una superación de la crisis en que se halla sumida España, a raíz del desastre de 1898. Como obra sapiencial que en verdad es, Unamuno intenta con su libro exponer una crítica a la situación política y moral de la España de su tiempo y proponer la alternativa ética, junto con el correspondiente proyecto de regeneración moral de la hispanidad, a partir de una fecunda aunque siempre discutible interpretación de don Quijote y Sancho Panza. Pero el logro de tales propósitos supone, en primer término, hacer valer la premisa unamuniana de que los personajes literarios tienen vida propia —por ende, independiente de sus respectivos autores— y, acto seguido, “corregir” la actitud de Cervantes ante el ingenioso hidalgo manchego y su escudero, dado que éstos ostentan una grandeza humana que se le escapa a su inventor. De hecho, si Unamuno reescribe el *Quijote* es porque resucita, con su lectura crítica, a don Quijote y Sancho. Para Unamuno, los agonistas de las buenas novelas ajenas y los de sus “nivolas” son personas tan reales como cada uno de los mortales que habitan en el mundo. A su criterio, la distinción entre lo llamado real y lo imaginario no tiene un carácter ontológico; tampoco se justifica diferenciar tajantemente la vida normal de la vida caballerescas. En el plano ontológico, tan real es el hombre de carne y hueso como el hombre hecho y derecho que vive y actúa en una obra literaria. Asimismo, tan verdadero e ilusorio es el mundo de las cosas que se perciben en la vigilia cuanto los extraños objetos, personajes y sucesos que pueblan los sueños. En definitiva, nada impide pensar que el mundo mismo, con todos los entes que en él existen, sea el sueño de una mente como la de Dios y las aburridas diatribas de idealistas y materialistas son meros torneos verbales, pura lucha de frases. Así, don Quijote y Sancho serían dos personas ejemplares —además de personajes— cuyas vidas e historias no han sido contadas debidamente por el famoso manco de Lepanto.

Desde luego, a Unamuno no se le oculta la conocida locura del Caballero de la Triste Figura. Ése es un dato que en nada menoscaba la humanidad de don Quijote ni su condición de ser racional. Según el punto de vista unamuniano, nada permite —otra vez— asegurar una distinción esencial o

absoluta entre locura y cordura ni, en general, entre salud y enfermedad. Ciertamente, —siempre de acuerdo con Unamuno— abundan los casos en que el personaje en cuestión demuestra ser mucho más cuerdo que todos los tenidos por tales, como cuando aquél opta a su modo por la senda de la inmortalidad, valor supremo en el proyecto ético del bilbaíno. Por lo demás, para el también autor de *San Manuel Bueno, mártir*, “el loco suele ser un comediante profundo que toma en serio la comedia, pero que no se engaña, y mientras hace en serio el papel de Dios o de rey o de bestia, sabe bien que ni es Dios, ni rey, ni bestia. ¿Y no es loco todo el que toma en serio el mundo?”<sup>2</sup> Así, Unamuno no vacila en concluir, en cierto pasaje de su obra, que “era nuestro Caballero un loco razonable y no un ente de ficción, como creen los mundanos, sino de los hombres que han comido y bebido y dormido y muerto”.<sup>3</sup>

125

El análisis puntual —por no decir puntilloso— del genio, figura y andanzas del heroico desfadador de tuertos y su leal seguidor por los caminos de la Mancha, tratados de acuerdo con razones bien pensadas como si fueran personas reales, le permite a Unamuno cuestionar radicalmente no sólo la España post-98, sino también el rumbo de la Kultura (sic) europea a fines del siglo pasado y a comienzos de este que ya termina. Razones que —también hay que recordarlo— no excluyen cierto intento de fundamentación ontológica por vía de la legitimación histórica, como las comparaciones que Unamuno hace con marcada insistencia entre la gesta del pobre hidalgo manchego e Ignacio de Loyola —“aquel otro caballero”—, a partir de la biografía del padre Rivadeneira. Con todo, como advierte con total pertinencia Pedro Cerezo Galán, el gran exégeta español de la obra de Unamuno, éste ejerció una “inversión radical del estilo positivista”,<sup>4</sup> tan poderoso todavía en los tiempos en que se publica *Vida de don Quijote*. Claro está, con la expresión “estilo positivista” habrá que referir toda una visión del mundo dogmáticamente racionalista, materialista, pragmática y científicista: no sólo las doctrinas concretas de Comte y sus seguidores.

Contra la pretensión típicamente modernista de que el ser humano puede y debe dominar la naturaleza, así como de que es capaz de vivir en todo momento según un control racional y planificado de sus deseos a escalas individual y social, Unamuno propone imitar a don Quijote, quien simplemente se dejaba transportar por Rocinante por los rumbos que a éste se le antojaran. En palabras del propio Unamuno, sucede que:

<sup>2</sup> Miguel de Unamuno, *Vida de don Quijote y Sancho*, p. 156.

<sup>3</sup> *Ibid.*, p. 53.

<sup>4</sup> Pedro Cerezo Galán, *Las máscaras de lo trágico. Filosofía y tragedia en Miguel de Unamuno*, p. 336.

Se deja llevar de su caballo el Caballero, al azar de los senderos de la vida. [...] Salía al mundo a enderezar los entuertos que al encuentro le salieran, mas sin plan previo, sin programa alguno reformatario. No salía a aplicar ordenamientos de antemano trazados, sino a vivir conforme a como los caballeros andantes habían vivido; su dechado eran vidas creadas y narradas por el arte, que conviene añadir, además, que por entonces no había aún esta cosa que llamamos ahora sociología por llamarla de algún modo.<sup>5</sup>

126 Asimismo, frente al racionalismo ramplón engrendado y prohijado por la conciencia moderna y sus derivaciones claramente ateas —sobre todo en ese siglo particularmente funesto para él: el XIX— Unamuno reivindica sin ambages el difícil recurso a la fe, en general, y muy concretamente a la creencia en la realidad del alma, para poder con ello aspirar a lo que le da más importancia: el anhelo de inmortalidad. Aunque la figura de don Quijote, por sí sola, no embona con las teologías cristianas de la salvación ni concuerda del todo con las opciones de inmortalidad aludidas por el Platón de *El banquete* —lo que, por cierto, tiene sin cuidado a Unamuno— por lo menos aquél ofrecería una posibilidad de perseverar en el ser, por medio de la “fama eterna” lograda a base de enderezar las torceduras y disfunciones, así como de resarcir las claras injusticias que siempre abundan en el mundo. Además, está el amor puro e incondicional por Dulcinea, ejemplo insuperable de fe, en la perspectiva unamuniana, y por lo mismo referente de gran interés en un mundo descreído y sin alma ni amor.

El cofre de obsesiones que es *Vida de don Quijote* no se agota con las tesis unamunianas que se han aludido someramente hasta aquí. No sería impropio abordar sus profundos reparos al progresismo de los últimos siglos o su rechazo al cientismo, tanto como a la ilusión de que España se habría de salvar por efecto del desarrollo tecnológico. La célebre provocación unamuniana “¡Que inventen ellos!” también retumba en las páginas de la *Vida de don Quijote* y está claro que tiene una fuerte relación con la manera como Unamuno asume el sentido de las figuras de don Quijote y Sancho. Tampoco estaría fuera de orden examinar con más detenimiento su rechazo —siempre a contracorriente— de Europa y la modernidad, claramente congruente con su inclinación por el heroísmo trágico de los personajes mencionados o de personas históricas como santa Teresa de Jesús. Por su parte, el tópico unamuniano de que los españoles deben perder el miedo al ridículo, si quieren procurar con provecho un espacio digno en el orden de la cultura sería digno de la mayor atención. Ahora bien, demorarse aquí en tantos puntos sería inconveniente no sólo porque ello excedería los propósi-

<sup>5</sup> M. de Unamuno, *op. cit.*, p. 34.

tos de estas consideraciones sumarias sobre una obra concreta, sino también porque podría inducir a pensar que el libro de Unamuno contiene apenas un balance ideológico de su interpretación de los dos grandes héroes cervantinos.

En resumidas cuentas, es claro que Unamuno reescribe el *Quijote* porque la figura del ingenioso hidalgo le sirve para proponer un tipo ideal de persona, que se distingue por tener una fe intensa, anhelar la inmortalidad, amar con fervor y sin condiciones, emprender con heroicidad y sin temor al ridículo ni a otras consecuencias la conquista de sus valores e ideales, actuar con criterio propio —es decir, de acuerdo con su propia verdad, sin dejarse llevar por el influjo de las ideologías en boga y sin dejarse imbuir por el “espíritu de rebaño”— y enfrentar las injusticias del mundo a la vez con ímpetu y con voluntad de perdón. Pero las contribuciones del libro que aquí se examina no se limitan a ese saldo. Tal vez contra la voluntad de su autor, la aportación más interesante de *Vida de don Quijote* es haber concretado un tipo específico de prosa, a partir de un diálogo “real” tanto con don Quijote y Sancho como con el lector potencial. El radical y unilateral eticismo de Unamuno se conformaría con producir guías para la acción, pero en la medida en que el logro de tal propósito pasa por la escritura termina fructificando en una literatura y una retórica, sugerentes *per se*. Así, la *Vida de don Quijote* se ofrece como el relato del modo en que Unamuno lee el *Quijote* cervantino y lo corrige. Un relato en que opera una idea de la verdad y de la argumentación, tal como se desprende, por ejemplo, de la exaltada toma de partido unamuniana ante la reafirmación quijotesca de que la bacía del barbero es un yelmo: “Así, así, mi señor don Quijote; así es el valor descarado de afirmar en voz alta y a la vista de todos y de defender con la propia vida la afirmación, lo que crea las verdades todas. Las cosas son tanto más verdaderas cuanto más creídas, y no es la inteligencia, sino la voluntad, la que las impone”.<sup>6</sup>

Por lo demás, una retórica que no oculta su filiación con la *via remotionis* de estirpe fideísta y que puede ser una de las opciones más difíciles y riesgosas, tanto de cara a la escritura cuanto a la relación con el otro y con el mundo, desde una identidad inquieta, en perpetua agonía trágica.

Si las consideraciones precedentes sirven para hacerse de una idea global de *Vida de don Quijote*, es el momento de preguntarse sobre la pertinencia de ese libro en el presente. En general, todavía es un libro de transición en el pensamiento de Unamuno, el cual alcanza sus cotas más elevadas con *Del sentimiento trágico de la vida*, *La agonía del cristianismo* y *San Manuel Bue-*

<sup>6</sup> *Ibid.*, p. 127.

no, *mártir*. Esa condición transicional del libro obliga a abordarlo siempre a la luz de las obras que le siguieron, pero no le priva de independencia. Ahora bien, visto como tal texto independiente no deja de ser inquietante y peligroso para quien lo lea hoy. Las imprecaciones y sarcasmos que Unamuno endereza, en su *Vida de don Quijote*, contra la ciencia y la técnica, así como contra toda razonabilidad y contra la literatura misma son sospechosamente seductoramente a la par que insostenibles. Su dimensión ontológica y antropológica no carece de atractivos, en todo lo que hace a las tenues lindes que separan la locura de la cordura, el fenómeno del nouméno, la vida literaria de la vida normal, el sueño de la vigilia; pero también potencia el solipsismo y el relativismo. El ideal ético que contiene desprende un tufillo medieval, caballeresco y confesional, tal vez muy provocador en su momento, pero que a nadie en sus cabales —ni siquiera en sus “locos cabales”— puede entusiasmar hoy. Aunque hay que reconocer, en abono de Unamuno, que su postura ante la pena de muerte es sugerentemente actual.

Por su parte, las exhortaciones a procurar la inmortalidad pudieron prender a muchas almas hartas de tanto positivismo y materialismo, tanto como de religiones tradicionales agotadas por una progresiva instrumentalización; pero es dudoso que signifiquen gran cosa en este mundo finimilenario, en que, como se sabe, quien más quien menos tiene garantizados sus quince minutos de eternidad. Y en el terreno político, junto a muy fecundas reflexiones sobre la justicia quijotesca, por ejemplo, se hallan justificaciones de e incitaciones a la Guerra Civil de las que el propio Unamuno tendría que desdecirse amargamente al final de su vida.

¿Qué es, entonces, lo que *Vida de don Quijote* y *Sancho* puede ofrecer todavía? Aparte de continuar siendo un modo respetable de “resurrección” de la novela cervantina y más allá de la simpleza y la vulgaridad de querer tildarlo de irracional y reaccionario, ese libro puede enriquecer en mucho al lector autónomo, es decir, realmente crítico y autocrítico, de este fin de siglo y milenio, sobre todo si conoce las demás obras importantes de Unamuno. Ya se ha dicho más arriba que es un buen ejemplo de lectura pensante, dialógica, que deriva en una prosa y una retórica estimables (aunque no exenta de ciertas manías formales unamunescas). También es un caso notable de relato sobre la dificultad de pensar en castellano y con cabeza propia, en un momento histórico signado por una crisis general y profunda. Su arriesgada redignificación de la locura, su desconfianza en buena medida justa contra la técnica, su aguda reivindicación de Sancho, su apuesta por la verdad interior (verdad suficientemente validada por la voluntad), su recelo impetuoso hacia el fatuo ideal de lo moderno... admiten la posibilidad de una recepción posmodernista. Ahora bien, esos mismos aspectos más su empeñoso compromiso con la esperanza, con la autonomía

moral de la persona, con la vida que se debe vivir auténticamente (sin importar que a los menos audaces les parezca hacer el ridículo) y contra todo lo que refuerce el tedio mortal de la existencia hacen de *Vida de don Quijote* un libro que puede servir para hacerle frente a tanta confusión y vacío, siempre que se asuman con un fuerte sentido crítico.

Ahora bien, no conviene creer que la vigencia de este libro se limita a su contenido ético que, como se ha advertido, responde a una lectura unilateral de la obra de Cervantes. Por encima de su intención ética está el hecho de que el libro de Unamuno es un puente de acceso al *Quijote*. Y así como cabe tener presente el sentido ético de esta obra, no se puede preterir su significado estético. Nunca estará de más, pues, leer y releer la *Vida de don Quijote* escrita por Unamuno, pero cuando se emprenda tal tarea convendrá siempre recordar algo de la clara idea de la “comedia artificiosa y bien ordenada”, que se desprende del enjundioso coloquio que sostienen el canónigo y el cura —por cierto, imperdonablemente desdeñado por Unamuno en su obcecación eticista y antiliteraria— en el capítulo XLVIII de la primera parte de la novela cervantina:

129

[...] porque, de haber oído la comedia artificiosa y bien ordenada, saldría el oyente alegre con las burlas, enseñado con las veras, admirado de los sucesos, discreto con las razones, advertido con los embustes, sagaz con los ejemplos, airado contra el vicio y enamorado de la virtud; que todos estos efectos ha de despertar la buena comedia en el ánimo del que la escuchare, por rústico y torpe que sea, y de toda imposibilidad es imposible dejar de alegrar y entretener, satisfacer y contentar, la comedia que todas estas partes tuviere.<sup>7</sup>

Por todo lo que tiene de alegría, ironía y contento de vivir, la lectura esteticista del *Quijote* ayuda a superar el hastío de la vida, que tanto preocupaba a Unamuno. De manera pues, que no será precisamente una contradicción retomar la interpretación unamuniana, eticista, del *Quijote*, poniéndole el contrapeso de una lectura placentera de dicha obra cumbre de la literatura de todos los tiempos.

## Bibliografía

BORGES, Jorge Luis, “Pierre Menard, autor del *Quijote*”, en *Ficcionario. Una antología de sus textos*. Pról. de Emir Rodríguez Monegal. México, FCE, 1985.

<sup>7</sup> Miguel de Cervantes Saavedra, *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, p. 357.

CEREZO GALÁN, Pedro, *Las máscaras de lo trágico. Filosofía y tragedia en Miguel de Unamuno*. Madrid, Trotta, 1996.

CERVANTES SAAVEDRA, Miguel de, *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*. Barcelona, Ramón Sopena, 1969.

UNAMUNO, Miguel de, *Vida de don Quijote y Sancho*. Madrid, Alianza, 1987.